

1996

## La verdadera muerte de Juan Ponce De León

Luis Lopez Nieves

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Nieves, Luis Lopez (Primavera-Otoño 1996) "La verdadera muerte de Juan Ponce De León," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 41.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/41>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

Luis López Nieves

## LA VERDADERA MUERTE DE JUAN PONCE DE LEON

Mi tía María del Pilar, hermana mayor de mi madre, murió a los setenta y seis años y fue monja desde los trece. Pero no fue una religiosa ordinaria: a los veintiocho años de edad tuvo la dicha de convertirse en una de las dos monjas a cargo del palacio arzobispal de San Juan. A pesar de los rumores maliciosos, lo cierto es que nuestro Cardenal no vive como un millonario. Ya han pasado los tiempos en que docenas de peones y monaguillos esperaban a las puertas del palacio una señal para lanzarse a la guerra, al trabajo o a la oración. El Cardenal vive ahora una existencia tranquila, solitaria, en un inmenso palacio que desde hace más de 265 años (1728) ocupa una cuadra urbana en la esquina de las calles San Sebastián y del Cristo. Por razones de economías y seguridad — y por consideraciones prácticas, porque en realidad no es mucho el trabajo — las únicas personas que atienden las necesidades personales del Cardenal y el mantenimiento del palacio son dos monjas: mi tía fue una de ellas hasta hace poco más de un año, cuando murió.

Pocas semanas antes de su muerte me pidió un favor. Aunque ella y su compañera, la hermana María del Carmen, daban abasto para la limpieza rutinaria del palacio, ahora se enfrentaban a una situación nueva: habían acumulado demasiado equipo moderno en el despacho sobrio, elegante y añejo del Cardenal (fotocopiadora, fax, computadora, impresora, contestador automático, etcétera). La maquinaria electrónica no sólo desentonaba en términos estéticos e históricos, sino que en verdad entorpecía el acceso a ciertos archivos. A mi tía, por supuesto, le habría bastado con pedirle ayuda a cualquiera de los curas que transitan a diario por el palacio o a alguna principal de colegio católico que con mucho placer hubiera enviado a cientos de estudiantes; con una sola llamada telefónica, de hecho, a mi tía le hubiera bastado para reunir en el palacio arzobispal, en menos de cinco minutos, a una multitud de beatos encabezados por ejércitos de Caballeros de Colón, monaguillos e Hijas de María. Pero mi querida tía prefería dar a recibir.

Ella conocía mi fascinación por el palacio arzobispal: muchas veces, desde pequeño, me había invitado a jugar en ese museo habitado y me había visto abrir la boca ante muebles adustos que llevan casi tres siglos ocupando el

mismo espacio. Yo jugaba en la antigua cochera, ahora convertida en garaje para veinte automóviles; me escondía debajo de alguna de las larguísimas mesas de comedor con treinta sillas labradas a mano; colocaba los antiguos candelabros de plata en el piso, en una sola fila infinita; pasaba horas contemplando los sombríos cuadros de Campeche y de otros pintores sacros de viejos tiempos. Junto a la entrada había una imitación, tamaño real, de la *Pietà* de Miguel Angel: yo me acostaba en los brazos de la Virgen María y dormía la siesta junto al Jesús agonizante.

Una tarde me despertó un persistente olor a incienso. Su Eminencia Reverendísima me observaba en silencio. Sonreía como un padre exhausto que se desvela ante la cama de un hijo enfermo.

— Padre — exclamé medio dormido. Salté de los brazos de la Virgen y me detuve frente al Arzobispo, con la cabeza baja —. Perdón, su Eminencia, perdone.

El Arzobispo (aún no era cardenal) vestía de gala: largas batas negras con bordes rojos y sedas blancas. Con los dedos pulgares, según su costumbre, sostenía frente al pecho el gran crucifijo de oro que le colgaba del cuello.

— Los mimados de Cristo — dijo el Arzobispo —. ¿Cuántos años tienes?

— Once, Reverendísima.

— Pero tu tía dice que te gusta leer. Que pasas horas largas en mi biblioteca.

— Disculpe, padre.

El Cardenal sonrió y me tomó la mano. Me llevó hasta la biblioteca y me sentó en una silla frente a la pesada mesa de caoba negra.

— Puedes leer aquí cuantas veces lo desees. ¿Sabes que es la biblioteca más antigua del país? — dijo con humilde orgullo —. ¿Sabes que alberga documentos que datan del 1625?

— No, padre.

— En el 1625 el pérfido holandés Balduino Enrico atacó la ciudad. Quemó la biblioteca de mi antecesor el obispo Bernardo de Balbuena, la más famosa y completa del hemisferio americano. ¿Lo sabías?

— Sí, padre. Lo estudié en la escuela.

— Se perdieron todos los documentos. Pero desde esa fecha en adelante lo guardamos todo. En ningún otro sitio del nuevo mundo queda tanto testimonio de nuestra pasada gloria nacional — continuó el Arzobispo de San Juan —. Recuerda lo que te digo. Porque en ese tiempo nuestra diócesis era una de las más extensas del planeta. Ya nadie lo recuerda.

El Cardenal sacó unos mapas antiguos de una gaveta y los desplegó frente a mí en la mesa.

— De Norte a Sur mi diócesis comprendía desde San Juan hasta los establecimientos brasileños en el río Amazonas — explicó, mientras apuntaba con el dedo —; desde el Océano Atlántico en el Este pasaba por el alto Orinoco, Río Negro y Casiaquari, hasta culminar en los vastos desiertos que corren hasta Santa Fe de Bogotá aquí en el Oeste. Incluía a los franceses de la Cayena y a

las colonias holandesas de Esquivo, Berbis y Surinam, además de Trinidad, Tobago, Isla Margarita, las Provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, vieja y nueva Guyana, la Parine, Guirier y San José de los Marovitas. ¿Sabías que fuimos la diócesis más grande de América?

— No, padre.

— No lo olvides — dijo el Cardenal —. Aquí puedes leer cuantas veces quieras, hijo. Pero nunca olvides dónde estás. Este es un recinto doblemente sagrado. ¿Estamos de acuerdo?

— Sí, padre. Gracias.

A veces me pregunto cuánto influyó sobre mi vida esa breve conversación: a partir de ese día fueron más frecuentes mis visitas dominicales al palacio arzobispal. Mi tía, por supuesto, se enteró de lo que el Cardenal me había dicho. Y desde ese día fomentó el amor que siento por la historia de la Iglesia en nuestra tierra. Por eso aprovechó la ocasión para obsequiarme otra visita al palacio. Me regaló también el raro placer de jugar con la historia, porque es innegable que cuando tomamos un mueble que lleva casi 300 años en un rincón, y lo movemos a otro rincón, en cierto modo estamos alterando o reescribiendo la historia. Es como mudar el Coliseo Romano a otra calle.

Mi tía me llamó por teléfono para pedirme que la ayudara a remodelar el despacho. Al otro día estuve temprano en el palacio, a pesar de mi costumbre de dormir hasta tarde. Llevé un carrito de mano para mover lo que, según anticipaba, serían muebles pesados. Pero mi tía había exagerado el problema. Los tres estudiamos el despacho con detenimiento (la hermana María del Carmen estaba menos preocupada que mi tía), hice un plano a lápiz, y acordamos que con sólo mover un gabinete y colocarlo junto a la ventana, se despejaría una pared y quedaría espacio suficiente para colocar todo el equipo moderno:

— La pared contemporánea — bromeó mi tía, con el crucifijo de plata entre los pulgares —. Le pondremos la pared Eugenio, en tu honor.

Levanté con el carrito el pesado gabinete de caoba negra y patas muy gruesas. Por suerte no era tan grande como la mayoría de los demás muebles. Pude transportarlo sin ayuda y con poca dificultad lo coloqué junto a la ventana: tardó segundos deshacer casi tres siglos de historia. Mientras escuchaba las exclamaciones aprobatorias de las hermanas, quienes contemplaban con arrobismo casi místico ese cambio radical de la decoración, noté en el piso, en medio del claro rectángulo en que había estado el gabinete, un rollo de papeles color cera antigua, amarrados con una cinta que debió ser roja en algún momento, pero que ahora estaba casi pulverizada. Comprendí de inmediato que el fondo del gabinete no era plano sino cóncavo; que en ese hueco, durante quién sabía cuántos siglos, había estado ese rollo de papeles secos y amarillentos.

Esta es la parte más difícil de mi relato; no es fácil confesar un crimen. Levanté el rollo con disimulo mientras las hermanas seguían apreciando la nueva ubicación del gabinete. Su diámetro era como de tres pulgadas. Agarré la punta de la cinta pero ésta se desintegró. Abría el rollo un poco, lo suficiente

como para leer el principio de la primera página, y vi escrito en letras antiguas y nítidas:

*El año de El Señor mil setecientos treinta y dos.  
Para Su Excelencia el Señor Obispo  
de la villa de San Juan Bautista de Puerto Rico.  
Muy íntimo.*

— ¿Qué es? — preguntó mi tía.

Las hermanas habían visto el pergamino y me observaban a la expectativa.

— Nada importante — mentí en voz muy baja. Sentí el rostro tan rojo como la sangre de Cristo.

— ¿Estás seguro? — interrogó la hermana María del Carmen.

— Así parece — insistí, haciendo un esfuerzo sobrehumano por simular indiferencia. Me comenzaba un súbito ataque de migraña —. Si quieren lo examino en casa con calma.

La hermana María del Carmen comenzó a decir algo; pero mi tía, que era la jefa, le colocó la mano sobre el hombro. La hermana María del Carmen calló.

— Me parece bien — dijo mi tía, con una sonrisa que aún sigo recordando por su peculiar complicidad —, haznos el favor de examinarlo en tu casa con calma.

En esta forma llegó a mis manos el manuscrito que estoy a punto de presentar.

Soy doctor en historia por la Universidad Complutense de Madrid y he realizado estudios de postgrado en la Sorbona de París, en Oxford, en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad Gregoriana Pontificia de Roma. He dedicado dieciocho años a la investigación histórica. He publicado tres libros y docenas de ensayos y monografías sobre la historia caribeña de los siglos XVI y XVII. Tengo dos libros inéditos sobre el mismo tema, soy conferencista conspicuo (tanto en Latinoamérica como en Europa y Estados Unidos) y no creo que exista un historiador que niegue mis credenciales académicas. Sin embargo, no las presento para legitimar lo que expondré a continuación sino todo lo contrario: las ofrezco como nota irónica porque no han jugado papel alguno en lo que considero el logro más substancial de mi carrera académica. No fue resultado de la erudición, del estudio ni del trabajo: fue un accidente.

Tres meses después de este suceso mi querida tía María del Pilar, a quien debo más que a todos mis largos años de estudios, murió fulminada por un derrame cerebral. Vi a la hermana María del Carmen por última vez durante el entierro, hace poco más de un año. No mencionó el manuscrito y yo tampoco lo hice.

Este manuscrito, quiero dejar constancia, es el legado de mi tía María del Pilar al mundo: su regalo de despedida. Ya he podido estudiar su contenido a fondo y copiarlo, por lo que hago uso de este espacio para comunicarle a Su Eminencia Reverendísima, el Arzobispo de San Juan, que el documento aún es propiedad de la Iglesia. Sólo soy su custodio temporal.

Antes de presentar el contenido del texto es necesario exponer la manera en que ha llegado al siglo XX. Por suerte, la historia del manuscrito consta de documentación incuestionable; además, ha sido transcrita con tal nitidez que ningún historiador serio cuestionaría su autenticidad. Los sucesivos custodios del documento siempre tuvieron consciencia de su importancia y han dejado pruebas no sólo de su incontestabilidad, sino del cariño con que dedicaron sus vidas a protegerlo. Los custodios sucesivos, en orden *inverso*, son los siguientes:

4. Yo: profesor Eugenio Aristegui Arzallús  
1956 -
3. Hermana Teresa de Larrabide  
1682 - después de 1732
2. Padre Tomás de Mendizábal (el discípulo del Monje Vasco)  
1640 - 1706 (66 años)
1. El autor: fray Pedro de Azpeitia (el Monje Vasco)  
1567 - 1655 (88 años)
0. El indio taíno: Danuax (Juanito)  
c. 1500 - 1594 (94 años)

Lo primero que salta a la vista es que todos los custodios son vascos o de ascendencia vasca, como es mi caso. Este no es un detalle menor, como se verá más adelante.

También debo señalar que nuestra Isla, entre otras cosas, fue una especie de colonia penal desde su fundación hasta mediados del siglo XIX. Aquí arrojaban los reyes de España a sus indeseables y subversivos, condenados a destierros perpetuos o a temporeros exilios punitivos. Este dato ayudará a comprender algunas de las situaciones que veremos a continuación.

Volviendo a la trayectoria del manuscrito, sólo hay una etapa sin documentar: la última, la que lo depositó en la parte de atrás del gabinete en que pasó casi 300 años. La explicación es evidente: se cayó o alguien lo escondió. ¿Quién? Pudo ser cualquiera, desde un secretario de la cancillería hasta el mismo obispo. ¿Cuándo? La especulación irrefutable es que fue después de la construcción del palacio arzobispal en el 1728. Una vez aclarado este primer eslabón, los demás están delineados con claridad.

La primera página del manuscrito (la que leí enrojecido frente a mi querida tía) es una carta de la hermana Teresa de Larrabide, el último custodio premoderno, fechada en 1732. Está dirigida a "Su Excelencia el Obispo de la Villa de San Juan Bautista", pero no menciona el nombre del obispo (Sebastián Lorenzo Pizarro: 1728-36). Dice que nació en el País Vasco (no cree necesario indicar el pueblo exacto) en el año 1682. Explica que es de origen noble, hija de conde, y que tomó los hábitos a los diecisiete años de edad. Tres años después llegó a San Juan y desde ese momento dedicó su vida a cuidar enfermos en el Hospital de la Concepción, al lado de La Fortaleza. Dice que recibió la asignación extraordinaria de cuidar a un monje dominico de nombre Tomás de Mendizábal (usa el nombre una sola vez: el resto del tiempo se refiere a éste como el "Discípulo del Monje Vasco"). Continúa explicando que este monje,

primo hermano de una dama de compañía de la reina, murió a los 66 años en el 1706 y que a ella correspondió disponer de sus pertenencias. La letra, siempre firme, pierde entonces su compostura y se torna nerviosa. La religiosa añade que descubrió espantada el manuscrito en lengua vasca. Aclara, con temor evidente, que ella no tuvo culpa alguna; aunque testigo involuntario de este secreto, no era su culpa haber leído palabras que nunca debió leer. Desde los 24 años de edad (1706, cuando murió el Discípulo del Monje Vasco) había guardado celosamente el manuscrito sin saber qué hacer. Ninguna de sus superiores podía leer el vasco, el obispado estaba vacante (el famoso interregno de 1706, entre Jerónimo de Valdés y Pedro de la Concepción Arteaga y Salazar) y el Vicario General y Provisor estaba muy enfermo de disentería. Ahora, sintiéndose enferma también, contagiada de la disentería endémica que azota a la ciudad de San Juan, hace entrega al obispado (nótese que no dice "obispo", sino "obispado") de lo que hace muchos años debió tener en sus cofres secretos.

La siguiente página del manuscrito es una nota del custodio anterior: el Discípulo del Monje Vasco. Es mucho más breve. Dice que se llama padre Tomás de Mendizábal, que nació en Bilbao (País Vasco) en el 1640, y que desde el 1652, a los 12 años, entró al servicio de fray Pedro de Azpeitía, el Monje Vasco (no dice cómo ni cuándo llegó a San Juan). Que éste murió en el 1655, a los 88 años de edad, y que encontró entre sus pertenencias ese "manuscrito infernal". Comprendiendo su gravedad, y siendo tal vez el único habitante de la capital que entendía el idioma vasco, se había convertido en custodio renuente del pergamino. Pasó el resto de su vida como párroco de uno de los barrios de la capital, porque "el nefando y abominable pecado que a edad tan temprana cometí en mi pueblo, y del cual sólo Cristo conoce el verdadero grado de mi auténtico arrepentimiento, vedó por toda la eternidad mi regreso a la patria amada". La nota, fechada en 1705 (un año antes de su muerte), termina señalando que ya se siente viejo y que tiene la intención de llevar dentro de poco tiempo el manuscrito ante las autoridades pertinentes "para proteger los secretos de dos pecadores". Pero el hombre propone y Dios dispone: es claro que la muerte debió tomar por sorpresa al padre Tomás de Mendizábal.

En la tercera página del manuscrito, bastante más oscura y borrosa que las dos anteriores, comienza una larga introducción del autor fray Pedro de Azpeitía. Pero el color del papel no es la única diferencia: de aquí en adelante todo el texto, excepto una que otra expresión aislada, está redactado en idioma euskera, vasco o vascuence. Aunque comparto esa ascendencia con el autor del manuscrito, lo cierto es que el último miembro de mi familia que nació en aquella tierra fue mi tatarabuelo, el juez Eugenio Aristegui, y hace muchos años que los Aristegui de esta isla olvidamos el idioma primigenio. Durante mis estudios en Madrid, sin embargo, hice amistad con algunos historiadores vascos, muy especialmente con el doctor Boabdil de Olaguibel, quien es como mi hermano. Demás está señalar que tomé un avión a Madrid cuatro semanas después de haber encontrado el manuscrito, poseído de una curiosidad que sólo puedo describir como delirante. En Barajas tomé otro vuelo hasta Bilbao, en donde me esperaba Boabdil. Quince días estuve en su casa: impulsado por la

amistad y la curiosidad intelectual llevó a cabo la proeza de descifrar y traducir en tan corto tiempo veinte folios antiquísimos y escasamente legibles. Las hojas eran quebradizas, muy frágiles, y confieso que yo mismo apenas me atrevía a tocarlas.

En adelante todo lo que citaré será de la traducción al español contemporáneo preparada por mi amigo Bob y editada con mi ayuda. Las primeras dos páginas, como dije antes, tienen carácter introductorio. El autor dice que se llama fray Pedro de Azpeitía, pero que todos en la villa de San Juan lo conocen como el "Monje Vasco". No explica por qué, pero es fácil suponer que era el único monje de ascendencia vasca y que por eso llamaba la atención. A nadie habrían llamado el Monje Castellano. Aclara que nació en el 1567 y que se ha sentado a redactar el texto en el cuarto día de marzo del año 1653 (dos años antes de morir). A continuación copio la traducción literalmente:

En el año de Nuestro Señor de 1594, cuando yo tenía 27 años de edad, tocaron a mi puerta dos indios jóvenes, sucios, hediondos. El mayor, como de unos 19 años, fornido y con el cabello hasta la cintura, djome (en la singular mezcla de palabras y señas que usan los indios) que en las afueras de la Villa, en las partes más altas del bosque llamado de Cangrejos, un hombre yacía moribundo en un bohío. Djome también queste dicho hombre pedía confesión y sacramentos, y que le había mandado tocar a mi puerta y suplicarme que acudiera en su auxilio. ¿Cómo llegaron a mi humilde casa estos dos indios poco domesticados, en quienes he notado de inmediato el escaso cariño que sentían por esta villa? Tal vez se debió a mi reputación como defensor de los indios (soy dominico) o al hecho de que no oculto mi simpatía por las ideas del gran fray Bartolomé de las Casas, las cuales me han costado el exilio de mi patria y dado fama en ésta. Tal vez por eso acudieron a mí. El indio apuntó con la mano hacia la calle y mostróme tres caballos frescos. Hice señas para que esperaran; preparé un lfo con mis objetos sagrados y llené un pomillo con los santos óleos. Pocos minutos después, cuando trotábamos frente al Fortín, los indios imploráronme que galopara. La extraña urgencia que vi en sus ojos impulsóme a los obedecer, a pesar de los riesgos mucho grandes que nos tomábamos en los terrenos silvestres que abundan muy mucho en las afueras de San Juan, en el dicho bosque de Cangrejos.

Varias horas tardónos llegar a una choza, que aquí llaman bohío. Los indios detuviéronse ante la puerta y pidiéronme que entrara. El interior estaba sucio, apestoso, húmedo: las pencas de palmas que daban forma a la estructura resaltaban como un esqueleto gigante. El barro del piso era muy más oscuro que la tierra del patio, que aquí llaman batey. Contra una pared, acostado sobre un lecho de hierba seca, yacía un indio largo y viejísimo. Desarropado, indefenso, con las palmas de las manos vueltas hacia el cielo, sólo vestía un taparrabos de saco viejo y sus huesos se marcaban como las pencas de palmas del bohío. El largo cabello blanco estaba desparramado sobre la hierba sucia. En el rostro muy mucho arrugado se distinguían los pómulos altos y los ojos cansados; la frente achatada llevaba en el centro la horrorosa marca del

carimbo, en forma de cruz. Causó impresión en mi memoria la compostura distinguida, elegante, casi noble, deste indio; irradiaba dignidad como ya no se ve entre ellos, a pesar de que era el cuadro mismo de la desolación. Por un instante pensé estar ante un prisionero de estirpe noble y que yo, por algún menester involuntario y desgraciado, era su verdugo.

Acuclilléme junto al lecho y tomé su mano débil. El indio sonrió con dulzura agria y antigua; de algún modo esa sonrisa no correspondía al momento ni al lugar.

— Padre, estoy muy viejo y los espíritus me llaman — díjome en castellano quebrado, defectuoso, que balbuceaba casi sílaba por sílaba.

— Es Dios quien te llama, hijo mío. Confiesa.

Hizo un esfuerzo por tomar aire: arqueó la espalda y respiró profundo. Tragó con dificultad, apretóme la mano y habló con voz ronca:

— No quiero arder en el infierno de los españoles — dijo aterrado.

— En el infierno del Demonio, hijo mío. Mas no lo verás si tu corazón es puro. Confiesa, hijo, que tu alma se sienta libre.

El indio comenzó un relato lento, penoso, ronco. Hablaba con las manos tanto como con la boca. Ha transcurrido más de medio siglo desde la confesión y recuerdo perfectamente los hechos; me basta cerrar los ojos para ver a Danuax gesticulando, luchando por respirar, intentando ganar el perdón divino con la minuciosa confesión de su pecado. Recuerdo las imágenes y los hechos: pero, para contarlos, debo recurrir a mis palabras.

— Tengo 94 años y me llamo Juanito, padre. Así me han llamado vuestras mercedes durante los últimos setenta y tantos años de mi vida. Mi nombre, antes de que llegaran vuestras mercedes, era Danuax. Significa noble y valiente guerrero. Desde joven vivo aquí en la isla de Boriquén, que vuestras mercedes llaman de San Juan. Pero nací en una isla oriental, muy vecina, que se llama Bieque.

“Fui el primer esclavo de don Juan Ponce de León. Me capturó en los tiempos de la primera villa, antes de venir a la isleta. Construí muchas de las casas de aquella primera villa. Y muchas más en la que vuestra merced vive ahora, padre. Pero soy hijo de cacique. Por una discordia con mi padre abandoné mi tierra. Cuento mis orígenes porque vuestra merced debe saber que fui guerrero y que nuestra casta siempre vio el trabajo con desprecio. Se me enseñó quel trabajo era para los inferiores, para los naborias, y que mi única función sobre la tierra sería cazar, gobernar y guerrear reciamente.

“Por eso sentí de modo singular la afrenta de la esclavitud castellana. Cuando los hombres de don Juan Ponce encadenáronme por primera vez juré a todos mis dioses que me vengaría de aquel hombre flaco, de pocas palabras y de baja estatura que habíame humillado de manera imperdonable. Cuando me marcaron la frente con el hierro rojo del carimbo, quemándome la dignidad, juré que lo mataría. En aquel tiempo, padre, yo era un infiel despreciable que vivía en el infierno de la idolatría: alabado sea Cristo Dios porque vuestras mercedes enseñáronme la verdad divina de Dios y la Trinidad y Cristo Dios y el Dios Espíritu Santo y las vírgenes.

“Eramos tan pocos en aquella época, y la villa era tan pequeña, que tuve la oportunidad de observar de cerca a los españoles. Todos los días, durante la comida, dedicaban tiempo a educarme en el hablar castellano y en la palabra de Dios y de Cristo Dios. Pero yo observaba a don Juan Ponce con odio, como un cazador observa a su presa. Mirábalo sin quitarle los ojos de encima. Y poco a poco descubrí qué cosas movíanlo, por qué sonreía, cuándo sentía hambre, qué noticias alegrabanlo y por qué fruncía el ceño. Descubrí por qué estaba en esta tierra y por qué me había sometido a la humillación de ser su esclavo.

“Una noche descansaba yo en mi hamaca, mi collar de hierro amarrado a la cadena del capataz. Había trabajado todo el día construyendo los muros de otra iglesia. Tenía llagas en muchas partes de mi cuerpo: vuestra merced es muy joven para lo recordar, pero en aquella época nos obligaban a usar las bombachas gruesas y calientes que vuestras mercedes traen de Castilla. Esa tela es muy buena para vuestras mercedes, yo creo, pero a nosotros púdnos la piel.

“Descansaba en la hamaca y comía una guayaba madura. Miraba al cielo y olía la sal de la mar. De pronto entró en mi cabeza una grande idea. Ignorante que era y que soy, padre, pensé que la idea era un regalo de mis dioses. Ahora comprendo que fue Satanás.

“Pensé: por primera vez pisan los españoles tierras como éstas. Vienen de un lugar pobre, inhóspito, desolado. Son ignorantes, avarientos y estúpidos. Creen que un hombre caminó sobre las aguas y que es padre de sí mismo; nació de madre virgen y resucitó después de muerto. Dicen que en el mundo hay villas en quel cielo arroja hielo blanco a la tierra y hace tanto frío que es necesario cubrirse con cueros de animales muertos. Creen que hay una raza de hombres con la piel negra y el pelo como caracolas pequeñas. Creen que la lejana cacica de Castilla es también cacica de estas tierras. Creen que existe al sur una ciudad llamada El Dorado en que los caminos son de oro y los bohíos de piedras preciosas. Sienten hambre furiosa por el oro. Entonces, concluí, ellos creen cualquier cosa, y muy mucho la creen si esta cosa es de beneficio y produce oro.

“Esa noche no dormí. Paséla tratando de inventar un plan que me librara de los españoles. Ya amanecía, los primeros rayos del sol parecían un fuego débil, y acordéme de pronto de una leyenda de mi niñez. No era real, sino cuentos que los mayores inventan para entretener y maravillar a los niños. Pero era lo único que me creerían los españoles.

“Yo tenía veinte años, padre, era joven. Cuando al fin comenzó el día, tras una muy larga noche, comencé a construir los muros de la iglesia con entusiasmo. A media mañana, como era usual, se acercó don Juan Ponce a examinar mi trabajo. Solté las herramientas y arriesguéme:

“— Don Juan — dije en mi pobre mezcla de castellano y señas —, ¿puedo hablarle?

“El capataz levantó el látigo y estuvo a punto de golpearme, pero don Juan Ponce ordenóme que me dejara.

“— ¿Qué deseas? — preguntó.

“— Señor don Juan — dije, disimulando mi nerviosismo —, ¿qué edad dice vuestra merced que tengo?

“— ¿Pero es que todos vosotros buscáis la menor excusa para holgar? — preguntó, más sorprendido que irritado.

“— Señor, la respuesta será de gran provecho para vuestra merced.

“— Pues tendrás veinte años, a lo sumo — dijo don Juan Ponce, curioso.

“— No, señor — dije entonces —. Tengo 118 años, señor.

“— ¿Por quién me tomas? — exclamó don Juan Ponce de León.

“— Por una persona que ha descubierto las maravillas de esta tierra — dije entonces, pronunciando las palabras más importantes de mi desgraciada vida —. Ha estado vuestra merced en las montañas y ha divisado el río de Coamo que vomita aguas hirvientes. Ha visto a nuestros pájaros que hablan y a nuestros perros que son mudos. Ha llegado a esta tierra que no conoce el frío y que produce cosechas todo el año. Las frutas son nuevas, la tierra es muy negra; se puede caminar de costa a costa sin pasar hambre porque nunca escasea el alimento. Ha comido la deleitosa carne de tórtola que quita la tristeza. Ha tomado con sus propias manos las ostras muy saladas y suculentas que viven en el ramaje de nuestros bosques y no en el suelo. Vuestra merced se ha bañado en nuestros ríos, donde el oro abunda de tal modo que flota junto a los peces. Son tan gruesas las pepitas que vuestras mercedes usan redes para cogerlo. Además, señor, sabe vuestra merced de la ciudad llamada El Dorado, donde el oro y las piedras son más abundantes que el barro. Entonces, ¿por qué no puede creer que tengo 118 años?

“— Pero ¿es que todos vosotros tenéis tan alta edad?

“— No, señor — expliqué —. Sólo aquellos que hemos ido a la Fuente de la Eterna Juventud.

“— ¿Qué dices? — preguntó don Juan Ponce, atónito. Tenía la boca abierta y se había echado el casco hacia atrás.

“— Al poniente, señor — dije levantando el brazo —. Cerca de la isla que vuestras mercedes llaman Cuba. Allí estuve hace muchos años y bañéme en las aguas de la Fuente de la Eterna Juventud. Desde entonces no puedo envejecer.

“Don Juan Ponce ordenó al capataz que me soltara las cadenas y mandóme lo acompañar hasta el batey. Pasamos el resto del día hablando sobre la Fuente de la Eterna Juventud. Nunca en mi vida, antes ni después de ese día, he mentado tan reciamente con tantos grandes fingimientos. Conté en detalle mi falso viaje a la Fuente. Ayudéle a trazar un mapa. Describí las costumbres de los grupos de indios que, según mi vil imaginación, vivían cerca del lugar. Tres veces hízome narrar, de principio a fin, el relato completo de mi viaje. Exigióme que le contara, mientras tomaba nota, cada minucia sobre el ritual y la manera en que habíame sumergido en el agua. Quiso saber si era de día o de noche, si quedéme de pie o nadé, si estaba en cueros o vestido, cuánto tiempo estuve sumergido, qué palabras dije, cuántos días permanecí allí. Una vez saciada su curiosidad, se puso de pie, colocóme la mano sobre el hombro y díjome:

“— Si divulgas este secreto a cualquier otra persona o a algún salvaje,

juro que te someteré al tormento. Te meteré el cuerpo en aceite hirviendo. Te arrancaré el pellejo palmo a palmo. Luego te haré empalar. Puedes irte.

“Esa jornada, al oscurecer, acostéme en la hamaca con la satisfacción de saber que se acercaba el final de la ocupación castellana iniciada por don Juan Ponce. Por otra parte, era la primera vez, desde que don Juan Ponce me esclavizara, que había pasado un día sin trabajar, conversando y bebiendo agua fresca como en los tiempos de antes.

“Durante más de un mes trabajé feliz porque veía a don Juan Ponce preparando su viaje y creía estar en vísperas de la libertad. Una espantosa mañana, algunos cuarenta días después de la conversación, don Juan Ponce comenzó a despedirse de sus familiares y de los vecinos. Cuando el capataz se acercó a don Juan Ponce para despedirse, solté la pala y escuché. El capataz deseóle buen viaje y mejor fortuna, y la mujer de don Juan Ponce, al igual que sus hijas, escuchaban con muy grande alegría en los rostros. Yo observaba admirado, pasmado, sin poder explicarme esta despedida inesperada. De golpe, horrorizado, comprendí que mi plan era un fracaso. Había supuesto que don Juan Ponce, como era la costumbre entre los míos, se marcharía con toda su gente a buscar la Fuente de la Eterna Juventud. Pero no fue así: había decidido partir casi solo, con un pequeño grupo de españoles, porque las costumbres de vuestras mercedes son diferentes a las nuestras.

“Mi espanto no cesó con el descubrimiento de mi revés. Después de despedir al capataz, don Juan Ponce me buscó con la vista y díjole:

“— Ve metiendo al salvaje en la nave.

“Desesperado, agarré con las manos mi collar de hierro. Por primera vez desde que comencé mi esclavitud perdí el juicio y halé la cadena como muy enloquecido, como fuera de mí; traté de huir corriendo, pero me detuvo el golpe de la cadena que me retenía reciamente por el cuello, como a un perro. Fue un gesto tonto, inútil, pero aún así traté de abrir el collar con todas mis fuerzas. ¿Cómo explicar la zozobra que se siente atado a una cadena de hierro? ¿Puede entender vuestra merced, padre, la manera en que encogióse mi corazón? El sonriente capataz me colocó la espada en el pecho y sólo entonces sentí que las fuerzas me abandonaban.

“Largos y tristes días estuve en la grande canoa española que navegaba hacia el poniente. Mi odio crecía con cada ola de la mar. Encadenado al mástil principal, escuché muchas conversaciones durante la travesía y descubrí las intenciones de don Juan Ponce, quien no había hablado con nadie sobre la Fuente de la Eterna Juventud. La tripulación charlaba sobre oro, sobre grandes riquezas y nuevas tierras, pero nadie mencionaba la Fuente. Entonces comprendí que don Juan Ponce no pretendía compartir la inmortalidad.

“Padre, quedame poca vida y aliento. No puedo casi hablar. Pero debo terminar. Haré un esfuerzo. Serví de guía renuente en este loco viaje a mi propia imaginación. Don Juan Ponce se acercaba al mástil y preguntábame: ‘¿Más al norte? ¿Vamos bien?’; y yo respondía lo primero que me venía a la mente. Una madrugada tibia, pocos minutos después de que saliera el sol, sorprendíme reciamente cuando el vigía gritó con todas sus fuerzas: “¡Tierra!”.

Habíamos llegado, no sé cómo, a las tierras que don Juan Ponce llamó de la Florida.

“Padre, soy peor que Judas. Cuando desembarcamos en la playa don Juan Ponce preguntóme qué dirección tomar. Miré las flores brillantes, los arbustos de verde muy profundo, la arena blanquísima. Luego señalé a lo lejos, hacia lo más espeso del bosque. Don Juan Ponce ordenó a los marineros que me volvieran a encadenar al mástil, previendo tal vez alguna traición si me llevaba por los bosques. No recuerdo qué pensé cuando lo vi partir con sus soldados, pero nunca olvidaré lo que sufrí aquellos días atado al palo mayor, bajo el sol del verano, comiendo sólo aquellos mendrugos que los marineros me tiraban entre risas.

“Creo que llevaba ocho o nueve días atado al mástil cuando un grupo de hombres se acercó una tarde a la gran canoa. Los marineros recibieron grande susto porque no esperaban encontrar gentes tan cerca de la playa. Ambos bandos se miraron por encima de la arena mojada, sin moverse. Finalmente los hombres sonrieron y se acercaron a la nao con cautela. Los marineros prepararon las armas, pero bajaron de la nave sonriendo también y mostrando un grande espejo que llevaban para estas ocasiones.

“Los españoles me habían dejado solo en la gran canoa; desde el mástil, sediento y con hambre, yo observaba este encuentro que me llenaba de tristeza. Poco después, castellanos y hombres, sentados en la arena, hablaban por medio de señas. Sonreían con frecuencia y los hombres no se cansaban de mirar en el espejo. De pronto sentí que una mano empapada de agua salada, me cubría la boca. Era uno de los hombres de esas tierras: había nadado en silencio hasta la borda de la nave y me hacía señas para que no diera voces. Cuando afirmé con la cabeza que mantendría silencio, retiróme la mano de la boca.

“— ¿Tienes sed? — preguntóme en lengua que comprendí con dificultad.

“Los ojos se me llenaron de lágrimas y respondí que sí, que tenía muy grande sed y hambre. El hombre sacó agua de un tonel y diómela en sus manos. Cuando húbeme saciado, preguntóme:

“— ¿Cómo desamarro estas sogas?

“— Son cadenas y hace falta una llave — dije.

“— ¿Cómo puedo ayudarte?

“— Estos que me atormentan son castellanos muy poderosos. El jefe es un loco. Si no lo matáis pronto usará todas sus fuerzas contra tu gente. Ve, avisa a los tuyos.

“— ¿Nada puedo hacer por ti? — insistió el hombre.

“— Sí — repetí. Advierte a los tuyos y acaba con ellos. Entraron al bosque en dirección al poniente.

“— ¿Son dioses? — preguntó antes de irse —. ¿Beben sangre?

“— No, son mortales. Heridlos en las piernas, en los brazos y en el rostro.

“Los hombres de la Florida siguieron mi consejo. Emboscaron a los castellanos y mataron reciamente a muchos de ellos, aunque a don Juan Ponce sólo lo hirieron. Cuando los sobrevivientes llegaron a la nave cargando con un don Juan Ponce enfebrecido, se aprestaron a zarpar a Cuba de prisa. El Capitán,

muy preocupado, repetía que en esa isla había un médico de grande fama que devolvería a don Juan Ponce la vida.

“Tan pronto levamos anclas don Juan Ponce volvió en sí y comenzó a llamarme a gritos. El Capitán desatóme de prisa y llevóme al castillo de proa. Don Juan Ponce yacía sobre un lecho de paja, acostado sobre el lado derecho: tenía una flecha enterrada en el sobaco izquierdo. Cuando viome entrar ordenó que nos dejaran solos. Yo lo miraba sin saber qué decir. Mi alma jubilosa sentía deseos de gritar de felicidad, pero mi rostro era una fría piedra sin vida.

“— No llegaré vivo a Cuba — dijo con voz débil —. Ayúdame y te haré libre.

“Me sorprendieron sus palabras porque la herida no era grave y la flecha no tenía veneno.

“— ¿Cómo puedo ayudarte? — pregunté.

“— Véndeme tu inmortalidad. Te daré todas mis riquezas.

“Tardóme un rato encontrar una respuesta a la petición de don Juan Ponce. Yo pensaba en mis padres, en mi vida antes de la llegada de los castellanos, en mi mujer que los hombres de don Juan arrebatáronme y llevaron a otra isla. Angustiado por lo que consideré indecisión, don Juan Ponce agarróme la mano y repitió desesperado:

“— Comparte tu inmortalidad conmigo.

“Tapé la boca de don Juan Ponce con una mano. Con la otra agarré la flecha, la torcí dentro de su carne y usé la punta afilada para pescar el salvaje corazón de ese hombre tan perverso como desalmado. La saeta se hundía poco a poco en la carne dura. El hombre pateó débilmente al principio, pero luego no opuso resistencia. Me miraba con ojos sabios. Ojos rojos, desesperados, agónicos, pero sabios al comprender de pronto que había cometido el gravísimo error de olvidar que yo era un guerrero y que los guerreros, al igual que él, no perdonamos afrentas. Moví la flecha de lado a lado, hacia adentro y hacia afuera, en círculos pequeños. Sentía la carne partirse y veía en los ojos de don Juan Ponce el inmenso dolor de su tortura. Con la punta de la flecha intenté cazar el duro corazón de este castellano que tanta desolación había traído a mi vida, pero no lo hallé. Cuando sentí que quedábale poca vida quité la mano de su boca, devolví la flecha a su lugar y llamé al Capitán a gritos.

“Varios marineros entraron de prisa, seguidos del Capitán. Al ver la condición de don Juan Ponce, uno de los marineros agarróme por la garganta y empujóme contra la pared.

“— ¿Qué pasó? — preguntóme el Capitán.

“Don Juan Ponce, rojo y agónico, me apuntó con el dedo. El Capitán repitió:

“— Don Juan, ¿qué pasó?

“Don Juan Ponce, el rostro desfigurado por el dolor, hacía un grande esfuerzo por hablar. El Capitán, desesperado, no sabía qué hacer. Ayudó a don Juan Ponce a acostarse nuevamente sobre su lado derecho. Le ofreció agua. Miraba a su alrededor con impotencia y angustia. Cuando posó los ojos sobre mí le dijo al marinero que me sacara y volviera a atarme al mástil de la nave.

Fue entonces que don Juan Ponce dijo sus últimas palabras:

“— Dejadlo — dijo de pronto. La boca torcida reflejaba el muy recio dolor que lo dominaba —. Nada ha hecho. Sólo quiso ayudarme. Hele otorgado la libertad. Soltadlo... obedeced... dejadlo libre.

“Tras decir estas palabras, don Juan Ponce se desmayó y nunca más volvió en sí.

“A pesar de sus claras palabras, devolviéronme al mástil de la nao. Nadie sospechó jamás la verdad de la recaída de don Juan Ponce. Nadie pensó jamás que yo era el culpable de todas sus desgracias. Ni en mi tierra, ni en la Florida, ni en Cuba, ni en la grande canoa española. Los que me veían atado al mástil, los labios resecos y la piel curtida, jamás pensaron que gracias a una mentira y a una traición yo celebraba en secreto la agonía del español a quien más odiaba en el mundo.

“Don Juan Ponce de León murió al llegar a Cuba, padre. Sí, murió sin haber dicho otra palabra. Pero yo no salí de mi esclavitud hasta hace pocos años, porque después de su muerte los castellanos olvidaron la libertad que habíame sido otorgada. El barco trajo los restos y las pertenencias de don Juan Ponce a San Juan Bautista, y yo no era más que una de sus pertenencias.

“Mentí y traicioné, padre. Inspirado por Satanás vilmente mentí y traicioné. Con mis abominables manos causé la muerte de quien, ahora lo reconozco, fue un grande hombre. Soy un asesino. Ruego a Cristo Dios y a Dios y a los espíritus santos que me absuelvan”.

Esta fue la confesión de un indio remordido por la consciencia. Aunque los años y mi mala memoria sin dudas han enriquecido el vocabulario y corregido la sintaxis de lo que fue una confesión balbuciente y tormentosa, no he puesto palabras en la boca de Danuax: ésta es su historia.

Poco después murió el inventor de la Fuente de la Juventud, tras haberme contagiado con su secreto abominable. Yo tenía sólo 27 años: ¿debo confesar la angustia que vivo hace seis décadas? ¿Cómo decirle al mundo que el origen de la famosa Fuente de la Juventud, la que tanta desgracia trajo a Juan Ponce de León y a su familia, la que tanto estrago causó luego entre españoles ambiciosos e ilusos, no fue sino una treta de un indio rencoroso y vengativo? ¿Cómo decirle a los bizarros castellanos, cuya propia honra tienen en tan alta estima, que un primitivo aborígen inculto ridiculizó a uno de sus más grandes conquistadores, aunque mucho después, tras siete décadas de esclavitud y penurias, doblegados el orgullo y la resistencia, se haya arrepentido?

¿Tengo derecho a morir con este pesado secreto? ¿Tengo la obligación de divulgar ante el Rey y el mundo la verdadera muerte del gran Juan Ponce de León? Mis votos me prohíben compartir con nadie, ni siquiera con mi superior, el secreto de Danuax. Pero ahora que estoy viejo me pregunto: Si Dios me concediera la inmortalidad y transcurrieran mil años, ¿estaría sujeto al secreto de la confesión aunque las personas afectadas ya no existieran siquiera en la memoria de los hombres? Dos mil años después de su era nadie le reclama a Suetonio haber contado la asquerosa verdad de los doce césares. Tal vez de

aquí a dos mil años la iglesia pueda perdonarme a mí. Siento que debo comunicar a la cristianidad la verdad sobre la muerte del conquistador, hidalgo, adelantado y gobernador don Juan Ponce de León. Como última concesión a mi paz espiritual, a la disciplina eclesiástica y a mi consciencia, copio este testimonio en mi lengua natal. Dado el escaso conocimiento que existe sobre ella aquí en San Juan Bautista, dormiré (y podré morir) con la tranquilidad de saber que no llegará a manos del vulgo.

Para que conste por los siglos de los siglos digo al primero y al último lector (si es que alguna vez se leyeran estas hojas) que suplico perdón a Dios por haber faltado al improfanable secreto de la confesión. Pero ninguno de los mentados vive, y yo casi estoy por irme, y escribo en mi lengua vasca, y no se diga más.

Que las palabras de Danuax sirvan de lección a los hombres.